

SECTOR PALABRA DE DIOS **CEU**

Marzo 2020

Boletín Pastoral 2

Índice

La palabra de Dios nos permite tener una mirada creyente	Página 3
Credo Niceno-constantinopolitano	Página 4
Eucaristía Sacramento de Jesucristo verdadero Dios y verdadero Hombre	Página 6
La Eucaristía y la Misión	Página 8
Carta de nuestros Obispos	Página 11

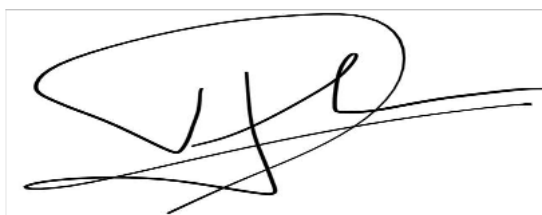
LA PALABRA DE DIOS NOS PERMITE TENER UNA MIRADA CREYENTE

La Palabra de Dios da nombre a nuestro Sector (ABP, Liturgia, Catequesis, Popular y Misión) y nos invita a leer e interpretar los acontecimientos de la vida, llenándolos de sentido dentro del Plan Divino. El don de una mirada creyente nos permite superar los miedos y ponernos activamente en las manos providentes de Dios. En la pandemia que estamos viviendo los Obispos del Uruguay nos proponen cultivar seis actitudes (ver comunicado del 19 de marzo, solemnidad de San José).

En este camino hacia la Tierra prometida (Pascua, V Congreso Eucarístico) tenemos que pasar por el desierto (cuaresma, cuarentena) buscando afianzar nuestra fe (renovación de la fe en Pentecostés). Nuestro Sector -trabajando en unidad-, nos presenta un segundo "boletín digital" con la intención de ayudar a recorrer este camino propuesto por la CEU en el año 2020.

En la carta enviada el Miércoles de ceniza se nos decía que: "*Para ayudar a la renovación de la fe y a su profundización* los Obispos del Uruguay decidimos que a partir del Domingo de Pentecostés de 2020, en todas las Misas en que esté señalada la profesión de fe ésta se haga con el Símbolo o Credo Niceno-constantinopolitano". A continuación se explicaba brevemente el motivo de este cambio (que invitamos a releer) y nos hablaba de ayudas que íbamos a tener durante el tiempo pascual para su profundización: "Con la misma intención pastoral, durante los 50 días de la Pascua, procuraremos una renovación de la fe, siguiendo las afirmaciones de este símbolo". En esta línea de aportes sumamos también estos artículos sobre el credo, desde las diversas miradas de los integrantes de nuestro Sector.

María de Nazaret -testigo de este camino de fe-, a quien nos consagramos bajo la advocación uruguaya de la Virgen de los Treinta y Tres, anime este tiempo de nuestra vida.

A handwritten signature in black ink, consisting of several loops and a long horizontal stroke extending to the right.

+ Pablo Jourdan

Credo Niceno-constantinopolitano

En el espíritu de toda la Iglesia uruguaya que nos ha exhortado a profundizar en esta etapa previa al V Congreso Eucarístico en el Credo Niceno, queremos presentar las referencias bíblicas a cada una de las verdades que en él profesamos.

Recordemos: el llamado "Símbolo de Nicea-Constantinopla". Proviene de los Concilios de Nicea y Constantinopla (es decir, los dos primeros Concilios Universales, en los años 325 y 381, que fueron en los que se definieron los principales dogmas acerca de la naturaleza de Cristo y otros importantes puntos de la Fe. La palabra "y del Hijo" (en latín "Filioque") fue añadida en época de Carlomagno para describir la procedencia del Espíritu Santo, fue la causa primera de la separación de la Iglesia latina y las iglesias orientales en el 867. Es el Credo "oficial" de la Iglesia Católica, y se rezó en Misa normalmente hasta la vigencia del nuevo rito, siendo reemplazado, en la práctica, en la actualidad por el "Credo Apostólico", más antiguo, aunque sigue siendo el Credo de la Misa.

Sus referencias Bíblicas

Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, (Gén 1,1- 2,24)

de todo lo visible y lo invisible. (Col 1,16)

Creo en un solo Señor, Jesucristo, (1Tim 6,15)

Hijo único de Dios, (Jn 1,14;1Jn 4,9)

nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios (Jn 1,1),

Luz de Luz, (Jn 1,4-5)

Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, (Flp 2,6-7)

de la misma naturaleza del Padre, (Heb 1,3)

por quien todo fue hecho; (Col 1,15-16)

que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, (Jn 3,17; Flp 2,7)

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, (Mt 1,25)

y se hizo hombre; (Jn 1,14 - Gál 4,4)

y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato;(Mc 15,15; Jn 19,16; Jn 19,18; Lc 23,33),

padeció y fue sepultado, (Mc 15,37; Lc 23,46; Mc 15,46; Jn 19,42),

y resucitó al tercer día, según las Escrituras, (Mt 28,6; 1Cor 15,14-32)

y subió al cielo, (Hch 9,11)

y está sentado a la derecha del Padre; (Hch 7,55-56; Heb 1,3)

y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, (Mt 16,17; Ap 22,12)

y su reino no tendrá fin. (Ap 21,22)

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, (Gn 2,7; 1Cor 6,19)

que procede del Padre [y del Hijo], (Jn 14,16; Jn 20,22)

que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria (Lc 1,35; Heb 9,14; Sal 139),

y que habló por los profetas. (Ef 3,5; 1Cor 2,10)

Creo en la Iglesia, que es Una, Santa, Católica y Apostólica (Mt 16,18; Ef 4,4-5; Hch 2,42; Rom 11,16-18; Mt 28,19; Ef 2,20)

Confieso que hay un solo Bautismo (Ef 4,4-5)

para el perdón de los pecados (Hch 2,38; 1Pe 3,21)

Espero la resurrección de los muertos (1Cor 15, 51-54)

y la vida del mundo futuro (1Tes 4,16-17; Ap 21,22)

EUCARISTÍA SACRAMENTO DE JESUCRISTO VERDADERO DIOS Y VERDADERO HOMBRE

El Símbolo o Profesión de fe que rezamos en la celebración de la Eucaristía es también llamado “Credo”, ya que comienza con la palabra “Creo”, o sea, afirmando como verdaderas distintas afirmaciones que expresan cuál es la fe de la Iglesia.

En nuestro camino hacia el V Congreso Eucarístico Nacional estamos invitados a renovar solemnemente nuestra fe en la Solemnidad de Pentecostés. A partir de allí, motivados por nuestros obispos daremos prioridad a la fórmula del Credo Niceno Constantinopolitano.

En la parte central del Credo confesamos nuestra fe en la segunda Persona de la Trinidad, el “Hijo único de Dios”. Esta parte es la más extensa de la Profesión y destaca de manera especial la divinidad y la humanidad unidas en Jesucristo. Allí también se expresan los acontecimientos centrales del misterio Pascual, o sea la muerte y resurrección del Señor.

El catecismo de la Iglesia, que en su primera parte analiza el contenido del Símbolo y destaca como en medio de estos acontecimientos Jesucristo instituyó “el memorial de su sacrificio” (cf. Catecismo de la Iglesia Católica. n. 611) y manda a sus Apóstoles a perpetuar esta ofrenda.

La noche de la Última Cena el Señor Jesús le dijo a sus discípulos: “Tomen y coman, esto es mi Cuerpo” (Mt 26, 26) y luego agregó: “Hagan esto en memoria mía” (Lc 22, 19). Con estas palabras instituyó la Eucaristía. Aunque las formas rituales han variado, la Iglesia a lo largo de los siglos ha cumplido esta orden de su Señor y ha celebrado siempre el Sacramento de su amor, donde perpetúa su entrega a través de los signos visibles del pan y del vino que se transforman en su Cuerpo y su Sangre.

Terminada la celebración de la Misa, mientras la Eucaristía se conserva en el sagrario, Jesús es verdaderamente el Emmanuel, es decir, “Dios-con-nosotros”. Día y noche está en medio nuestro, habita con nosotros.

Jesús instituyó la Eucaristía para ser celebrada y participada. Posteriormente, desde los primeros siglos, los cristianos también la reservaron para los enfermos que no podían asistir a la celebración. Era una reserva muy sagrada, en la sacristía, para los casos de necesidad. En la época medieval nació la adoración a la Eucaristía fuera de la misa, dando una gran importancia al sagrario, colocándolo en el centro del altar. También surgieron las custodias. Esto fue respuesta a la reforma luterana que afirmaba que terminada la celebración la presencia real de Cristo en el pan desaparecía. Fue en la época barroca cuando se desarrolló mucho la devoción eucarística: adoración nocturna, cuarenta horas, procesiones... A veces llegando al exceso de que era más importante mirar la hostia que comerla.

Hecho Pan de Vida, el Señor quiere ser comido para transformarnos desde dentro. No debemos olvidar que sin celebración de la misa no hay Eucaristía. Si no existe celebración de la Eucarística no podemos adorar. La adoración es consecuencia de la celebración, por tanto, nunca puede ser más importante la segunda. La adoración nace de la celebración de la Eucaristía y ha de llevarnos nuevamente a ella.

Permaneciendo ante Cristo disfrutamos de su trato íntimo, le abrimos nuestra vida y ponemos en sus manos a todos los que traemos en el corazón. Adorar al Señor nos debe ayudar a crecer en ese vínculo personal que nos lleva a la comunión plena con Dios y con los hermanos en la celebración de la Eucaristía.

LA EUCARISTÍA Y LA MISIÓN

Cardenal Telesphore Placidus Toppo
Arzobispo de Rancho (India)

En el presente espacio destinado a la reflexión sobre el tema: Eucaristía y Misión, compartimos una exposición presentada por el Cardenal Toppo, teniendo en cuenta la extensión del artículo lo compartiremos en sucesivas entregas, en el mismo se percibe una reflexión que comprende aspectos históricos y teológicos desde los inicios de la Iglesia hasta el Concilio Vaticano II.

Me siento muy dichoso al encontrarme entre ustedes para compartir estas reflexiones sobre la Eucaristía y la Misión. Es para mí un gran privilegio hablarles de algo que me es muy querido, y estoy muy agradecido a los organizadores por ofrecerme esta ocasión.

Nuestro Dios es el Dios de la Historia, un Dios de relación, un Dios que comunica con la Humanidad. Su acto creador es ya un acto de relación. Mediante este acto de amor compartió su vida con los humanos, y los humanos perpetúan su acto creador al compartir su amor de los unos por los otros.

El pecado es la ausencia de amor en la vida de los hombres. Sin amor no podemos conocer al Dios verdadero ni construir una auténtica comunidad humana.

Las Sagradas Escrituras revelan la degradación de la relación que mantienen los seres humanos con Dios, como en el caso de Adán y Eva que fueron expulsados del Edén, y el de Caín, que, al matar a su hermano, dio por vez primera entrada a la muerte en el mundo.

Jesús vino para que nos beneficiásemos una vez más de la experiencia de transformación que nos ofrece este Dios de amor. Como nos lo revela el evangelio de san Juan, “Dios amó tanto al mundo que le dio su unigénito Hijo para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna” (Juan 3, 16). Todos los actos realizados por Jesús, sus milagros, sus enseñanzas, el conjunto de su vida, proclaman el amor de Dios. Por su muerte y resurrección es como el grano de trigo que, si cae en la tierra y muere, llevará mucho fruto (cf. Jn 12, 24). Nuestro Santo Padre, el Papa Benedicto XVI, lo describe admirablemente en su primera Encíclica *Deus Caritas Est* con estas palabras: “Con su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical” (*Deus Caritas Est* 12).

La institución de la Eucaristía, la víspera de su muerte, constituyó la recapitulación simbólica de la vida de Jesús, cuya finalidad estribaba en el don absoluto de sí mismo realizado con su muerte en la cruz.

Él pidió a sus discípulos: “Haced esto en memoria mía” y les encomendó la misión de velar para que aquel último día permaneciese presente en la realidad concreta de su existencia hasta que Él volviera glorioso para transformar todo el universo y dar lugar a los nuevos cielos y tierra en los que puedan reinar la perfecta relación de amor entre Dios y los hombres, y también entre los hombres.

La Iglesia es la comunidad que, sobre las huellas de los primeros discípulos y apóstoles, sigue cumpliendo, a través de los siglos, esta misión en el mundo.

Cuando celebramos la Eucaristía, proclamamos el gran acto redentor de Cristo y nos comprometemos a proseguir su trabajo en el mundo por una vida de amor y de participación. He aquí lo que fuera rasgo distintivo de los primeros cristianos. En el acto de partir el pan reconocen al Señor y, a su vez, ellos son reconocidos como cristianos porque comparten el pan (Hch 2, 44-47). La Eucaristía era, pues, un acto mediante el cual afirmaban su identidad religiosa, identidad basada en su relación con Dios y con los demás hombres.

Cuando los discípulos de Cristo transponen el amor de Dios que ellos experimentan en Jesús presente en la Eucaristía, en su vida cotidiana y en sus relaciones con los demás, construyen una nueva sociedad, una nueva creación.

El Papa Juan Pablo II expresa la misma idea de una forma eminentemente más teológica en Ecclesia de Eucaristía, donde explica que “la íntima relación entre los elementos invisibles y visibles de la comunión eclesial es constitutiva de la Iglesia como sacramento de salvación”.

Permítanme exponérselo de otra forma, compartiendo con ustedes la historia de mi propio pueblo que fue transformado en una nueva creación tras haber comenzado a creer en Cristo resucitado y a reconocer a Jesús como el Salvador del mundo.

Hace 163 años, las tribus del centro y del norte de la India oriental aún no habían oído hablar de Jesús. Pobres y totalmente analfabetos, eran víctimas de la opresión de los ricos propietarios y de los poderosos que los explotaban sin piedad. Cualquier esperanza de justicia era inexistente para esas tribus desfavorecidas. Varias de ellas se refugiaron en los jardines de té Assam o en los bosques de las islas Andaman para poder sobrevivir. Las tribus que permanecieron en las tierras ancestrales estaban amenazadas de desaparición y habían perdido hasta el gusto por la vida.

En ese momento de su historia, Dios oyó sus lamentos y, en 1845, les envió algunos misioneros cristianos a Ranchi, donde estaban concentradas esas tribus. Durante cuatro años los misioneros trabajaron en vano. Pero un buen día, cuatro miembros de una tribu se acercaron a ellos porque habían oído decir que predicaban acerca de un hombre que había sido matado pero que permanecía siempre vivo y deseaban encontrarlo. Llegaron donde estaban los misioneros y dijeron: “Queremos ver a Jesús”. Y constantemente preguntaban: ¿Dónde está Jesús? Queremos verlo”. Los misioneros no sabían qué hacer y los miembros de la tribu se enojaron, calificándolos de tramposos y mentirosos. Luego, los misioneros los invitaron a rezar y, un día, los bautizaron.

Unos treinta años más tarde, en 1869, el arzobispo de Calcuta envió los primeros misioneros jesuitas a esas tribus. Cuatro años más tarde, seis familias de esas tribus, con un total de 28 personas, fueron bautizadas en la Iglesia Católica. Pero el verdadero movimiento de gracia comenzó con la llegada de un siervo de Dios, el padre Constant Lievens, S.J, conocido hoy en día como el apóstol de Chota-Nagpur, la patria de las tribus.

Cuando llegó este jesuita había solamente 56 católicos en el territorio. Vivió entre ellos tan sólo siete años, pero a su muerte, debida al exceso de trabajo, al agotamiento y a la tuberculosis, la región contaba con 80.000 católicos bautizados y más de 20.000 catecúmenos.

¿Qué había sucedido? ¿En qué se diferenciaban esos misioneros jesuitas de los primeros que habían llegado treinta años antes? La respuesta es sencilla: ¡La Eucaristía! La diferencia

estriba en la forma en la que los católicos comprendieron, celebraron y vivieron la Eucaristía. Muchos de los primeros cristianos abrazaron la fe católica precisamente por esta razón.

Las hermanas de Lorette fueron las primeras religiosas en acudir en ayuda de los misioneros en su labor de evangelización. Cuatro jóvenes cristianas procedentes de una familia instruida y estudiantes en el pensionado de las hermanas de Lorette en Ranchi abrazaron la fe católica y, en 1897 fundaron, en Ranchi, la primera congregación religiosa autóctona: las Hijas de Santa Ana. Esta congregación cuenta hoy día con más de mil religiosas distribuidas en 23 diócesis de la India, así como en otras diócesis fuera de dicho país. Las humildes religiosas han desempeñado un importante papel en la labor de evangelización.

La joven Iglesia implantada en tierra tribal ha crecido de tal forma que hoy corresponde al 10% de la población católica de la India, es decir, 18 millones. Pese a su indigencia material, la Iglesia es autosuficiente en muchos aspectos y puede contar con sus religiosas, sacerdotes y obispos propios. Una de las características de dicha Iglesia es que estos católicos tribales llegaron a ser portadores de la fe adondequiera que fueran. Ésta es la razón por la cual el extraordinario crecimiento de esta Iglesia en tierras tribales ha sido reconocido rápidamente como el “Milagro de Chota-Nagpur”.

Muy poca gente sabe que también la santa Madre Teresa forma parte de este milagro. Entre los jesuitas que sirvieron en la misión de Calcuta, de la que Ranchi forma parte, figuran dos albaneses. Cuando estos jesuitas fueron a Albania a visitar a sus allegados, dieron conferencias ante alumnos con el fin de fomentar la vocación misionera y recaudar fondos para su misión.

Entre el público al que se dirigían se encontraba una estudiante de enseñanza secundaria llamada Agnès, la futura Madre Teresa, que entonces tenía 13 o 14 años. Tras escuchar atentamente a uno de los misioneros sobre lo que sucedía en las tribus de Ranchi, decidió ir a la India para convertirse en una hermana de Lorette, puesto que esta orden tenía religiosas trabajando en Calcuta, y también en Ranchi. Ingresó, pues, en la orden de las hermanas de Lorette en Irlanda y, desde allí, se fue a Calcuta.

Un día, en la época en la que yo era un joven obispo, tuve el privilegio de llevar en mi coche a la Madre Teresa. Iba acompañada por tres de sus misioneras de la Caridad. Fueron ellas las que me dijeron que la Madre Teresa había estado trabajando hasta después de medianoche en la reorganización de su comunidad. Ella iba sentada a mi lado, en el asiento delantero, y yo estaba turbado de verme al lado de una persona de tal calibre. Pero, como una verdadera Madre, me dijo que me relajara y que me sentase confortablemente. Tal actitud me dio ánimos para decirle: “Madre, me han dicho que usted trabajó anoche hasta muy tarde. Usted no es muy joven. ¿Dónde encuentra fuerzas para realizar tales trabajos? Me respondió con la velocidad del rayo: “En Jesús, presente en la Eucaristía”.

Creo que esto fue y seguirá siendo el secreto del éxito de Madre Teresa y de las misioneras de la Caridad. Ella decía que cada nueva comunidad que inauguraba en cualquier parte del mundo era “un sagrario más”. La Madre Teresa es el auténtico ejemplo de la importancia que ocupa la Eucaristía como alimento y fuente de motivación para la misión de la Iglesia.

(Continuará en la próxima entrega)

CARTA DE NUESTROS OBISPOS.

19 de marzo de 2020
Solemnidad de San José

Queridos amigos y hermanos:

La Cuaresma es siempre, para todos los miembros de la Iglesia, un tiempo de conversión. Esta cuaresma tan especial, con el “corona virus” afectando a tantas personas en el mundo entero y a nosotros mismos, la queremos vivir desde nuestra fe y nuestro corazón creyente. Los Obispos del Uruguay, en sintonía con lo que han hecho el Papa y otros obispos y acompañando las decisiones del gobierno, hemos tomado medidas que son inéditas y muy dolorosas para los hombres y mujeres que tenemos fe. Suspender por dos semanas las misas con asistencia de fieles causa un profundo dolor. Nos consuela saber que los sacerdotes las celebran en forma privada, teniendo bien presentes a sus fieles, y que nos podemos unir de corazón al sacrificio de Cristo, haciendo la comunión espiritual, es decir, manifestándole al Señor, realmente presente en la Eucaristía, el deseo de recibirlo sacramentalmente: la Comunión espiritual es una gran fuente de gracias.

En estas circunstancias, compartimos con ustedes algunas reflexiones. La experiencia que estamos atravesando puede ser recibida como:

Un llamado a la humildad. Un virus, un organismo microscópico, aparece de pronto y hace tambalear a la humanidad; hace colapsar sistemas de salud de países desarrollados; pone en jaque la economía; hace temblar a las bolsas y nos coloca a todos ante la fragilidad que padecemos frente a la enfermedad y ante la posibilidad de la muerte. ¿Verdad que pocas veces, como ahora, tenemos tan presente esta realidad, la más humana y, paradójicamente, en la que muchas veces preferimos no pensar? No deja de ser todo esto un fuerte llamado a la humildad de nuestra condición humana limitada.

Un llamado a la confianza. Para los hombres y mujeres de fe, tomar conciencia de nuestra fragilidad no nos desasosiega. Por el contrario, nos anima a confiar más en Dios. En la Biblia encontramos infinidad de pasajes donde se nos repite: “No tengan miedo”... La respuesta creyente está maravillosamente expresada en numerosos salmos que invitan a la confianza en Dios: “El Señor es mi pastor, nada me falta... aunque cruce por cañadas oscuras ningún mal temeré” (Salmo 22,1.4). “Yo pongo mi esperanza en Ti, Señor, y confío en tu palabra” (Salmo 129,5).

Un llamado a la oración. Reza el que espera, el que se sabe necesitado. Y tiene esperanza el que reza. La oración es intérprete de la esperanza. En este momento de fragilidad y de confianza volvemos el corazón a Dios Todopoderoso. Pedimos que venga en nuestro auxilio. Confiamos que en todas las circunstancias de nuestra vida la providencia de Dios está presente y actuante. Es tiempo para meditar en su Palabra, alimentarnos de ella. Los invitamos a escuchar, meditar y hacer oración con la Palabra de Dios de todos los días. A frecuentar la oración de los salmos que reza la Iglesia y a dejar que la Palabra vaya evangelizando nuestra forma de sentir y de pensar, ayudándonos a discernir lo que Dios nos pide en este momento concreto de nuestra historia.

Un llamado al amor. Hay numerosos testimonios de amor al prójimo en estos días, y sin duda la necesidad de muchos nos alienta a todos a dar una mano, a ser generosos. De un modo especial, es un llamado para los que tienen responsabilidades de gobierno, para los

médicos y personal de salud. Pero este llamado es para todos. Llamado a no caer en actitudes egoístas de acopiar para mí sin tener en cuenta al otro, sino compartir lo que tengo con el hermano más afectado por esta situación. Llamado a sembrar esperanza y confianza a través de tantos medios que hoy tenemos para expresarnos y comunicarnos. Queremos ver en el otro a un hermano, ver en el que sufre al mismo Cristo.

Un llamado a renovar el amor a la Eucaristía. Precisamente en el año de nuestro V Congreso Eucarístico Nacional, nos toca vivir estas semanas en las que, como sucede en otros países por el mismo motivo, no hay misas con participación de los fieles. La ausencia de la celebración comunitaria nos llama a valorar más la vida fraterna de nuestras comunidades. Esta situación dolorosa nos invita a redoblar nuestro amor a la Eucaristía, sacrificio de Cristo que renueva el mundo, "remedio de inmortalidad, antídoto para no morir, sino para vivir en Jesucristo para siempre". Esta abstinencia nos puede hacer sentir hambre de Eucaristía y aumentar nuestro deseo de volver a encontrarnos en la celebración comunitaria con Jesús sacramentado, don al que nunca podemos acostumbrarnos.

Un llamado a la gratitud. Muchas personas están haciendo un enorme esfuerzo para aportar soluciones, para atender a los enfermos, para prestar diversos servicios a quienes lo necesitan. Es una oportunidad para ser agradecidos. La lista sería interminable, empezando por el personal de la salud hasta el familiar o amigo que nos alienta en la circunstancia en que nos encontramos. El "gracias" termina dirigiéndose a Dios en la certeza de que, junto a Él, podremos cosechar dulces frutos de este tiempo doloroso.

Queridos amigos y hermanos, el camino cuaresmal culmina en la Pascua, victoria definitiva de Cristo sobre el pecado y la muerte. Él es el Señor de la historia, en Él fijamos nuestra mirada dolorida pero llena de esperanza. Dice la Palabra de Dios que los apóstoles, después de la resurrección, perseveraban en la oración junto con María, en la espera del Espíritu Santo prometido. Los invitamos a encontrarnos en la oración constante e insistente de la mano de María.

María es "vida, dulzura y esperanza nuestra". En estos momentos de dolor y ansiedad Ella, como buena madre, pone alivio y calma. San Bernardo dice en una hermosa oración: "tú, quien quiera que seas, que te sientes lejos de tierra firme ... si no quieres zozobrar, no quites los ojos de la luz de esta estrella, invoca a María... En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María."

Hacia Ella dirigimos nuestra mirada y la invocamos: Purísima Virgen de los Treinta y Tres, ruega por nosotros.

Los Obispos del Uruguay